

que Antonio de Undurraga sea el poeta de la angustia de España, que con su lirismo épico saca a la luz de la poesía la luz en que España se desangra.—GILBERTO GONZÁLEZ Y CONTRERAS. La Habana, enero de 1941.



ESTUDIOS CRÍTICOS DE LITERATURA CHILENA, por *Omer Emeth*.—
Editorial Nascimento, 1941

Siempre hemos creído que los artículos periodísticos, de la índole que ellos sean, tienen vida efímera, tanto por su redacción presurosa como por su fondo endeble. Así también lo pensamos al imponernos de la publicación en volumen de algunos estudios críticos de literatura chilena del recordado sabio francés Emilio Vaïsse que popularizó su pseudónimo Omer Emeth. Pero al releer estos artículos, hemos rectificado nuestro juicio acerca de la vigencia de ciertas publicaciones de prensa. Estas de Omer Emeth, por ejemplo. Los artículos críticos de Omer Emeth no han perdido su actualidad, sus observaciones siguen siendo interesantes y su redacción nada tiene de la rapidez e incorrección frecuente en artículos de esta naturaleza. Bien conocida es la personalidad del sacerdote francés vecindado en Chile durante largo tiempo. De profunda cultura humanística y científica, dominaba varias lenguas vivas y muertas: pronto se asimiló el carácter chileno y penetró en su historia y psicología. Todo en él denotaba su naturaleza francesa: profundamente patriota, sutil en sus observaciones, claro y medido en su expresión, lógico en sus razonamientos.

Con Omer Emeth se inicia propiamente en Chile la crítica literaria. Ello no significa que antes de él no haya habido escritores que se hubieran dedicado a estas actividades. Don Pedro N. Cruz y don Agustín Barriga son nombres de críticos literarios que siempre deben recordarse. Pero con Omer Emeth

la crítica tomó un aspecto profesional y dejó de ser algo esporádico, pues sus artículos eran publicados semanalmente. Pero lo importante es que con Omer Emeth la crítica deja de ser meramente impresionista o académica. La crítica de Omer Emeth es antes que nada el análisis de la obra literaria juzgada en sus aspectos esenciales. Tanto fondo y forma se conjugan integralmente en sus apreciaciones. Podríamos aún decir que es un precursor de la *estilística*, verdadera ciencia en la aplicación de los métodos para juzgar una obra literaria. Para Omer Emeth, lo esencial en una obra literaria es la claridad y la lógica. Cuando encontraba expresiones retorcidas o pensamientos nebulosos, su escalpelo era implacable. Nada había en su temperamento de nórdico, ni menos de tropical. Acaso por ello su incomprensión con ciertos autores chilenos que muy poco tienen de la claridad y mesura clásicas. Así se explican sus juicios tibios sobre Gabriela Mistral y su ningún entusiasmo sobre las obras de Pedro Prado y Neruda. Tenía el crítico francés un patrón a través del cual juzgaba la obra: los cánones de preceptiva establecidos por Horacio, Boileau y Lafontaine. Claro que toda opinión a través de un juicio ya establecido tiene que resultar limitada, y si a esto sumamos su calidad de sacerdote católico que no puede abdicar de su credo, tenemos que reconocer que en numerosos casos Omer Emeth pecó de incomprensión y de falta de amplitud. Además, su sensibilidad artística estaba limitada por la razón. No era fácil a la emoción. No obstante, juzgó elogiosamente a dos poetas consagrados posteriormente: Carlos Mondaca y Max Jara. Incuestionablemente, donde Omer Emeth reveló mejor su enorme saber enciclopédico y su comprensión crítica fué al juzgar libros de carácter histórico y sobre todo estudios gramaticales. En tal sentido sobresalen sus críticas sobre «Los estudios gramaticales» y «La oración y sus partes» del doctor Rodolfo Lenz y los tratados gramaticales de don Miguel Luis Amunátegui Reyes; también debemos destacar sus artículos sobre las obras históricas de don Crescente

Errázuriz, de don Domingo Amunátegui, de don Ricardo E. Latcham, de don Francisco Encina, etc.

Tratándose de un país nuevo y de una literatura en formación, fueron siempre estimulantes las palabras de Omer Emeth al juzgar escritores jóvenes. En tal sentido, debemos reconocer que fué uno de los primeros en Chile que alentó y apreció en su justo valer la labor de Mariano Latorre. Omer Emeth dijo que antes que nada un escritor debía inspirarse en la realidad y el alma de su país, y no calcar servilmente las obras extranjeras. Igual actitud adoptó con los libros de Edwards Bello, Marta Brunet, Federico Gana, Baldomero Lillo y otros. A Eduardo Barrios le dedicó también varios juicios laudatorios y lo consideró como uno de los mejores estilistas, aun cuando le hizo reparos por el desenlace de la novela «El Hermano Asno», que encontró fuera de toda lógica.

Plausible ha sido la iniciativa de recoger en volumen la labor crítica de Omer Emeth y esperamos que se complete en nuevos tomos, a fin de que ninguna manifestación escrita de este espíritu superior se pierda.—M. R.



CANTO PERDIDO.—Poemas de *Wáshington Espejo*. Nascimento, 1941

Pudiera decirse que *Wáshington Espejo* es el poeta de la sencillez. El verso le nace claro, limpio, con esa transparencia del agua que brota en la montaña. Su canto aéreo y musical, tiene la espontaneidad risueña de las flores que crecen en libertad, ofreciendo generosas la gracia de sus colores y el sutil encanto de su aroma, como el regalo de la naturaleza que no sabe de artificios ni de las complicaciones que inventa el cerebro de los hombres.

Al leer estos versos ágiles, flúidos, como una fácil corrien-